

NOVIEMBRE DE 1918  
BURGUESES Y SOLDADOS

NOVIEMBRE DE 1918  
Una revolución alemana  
Obra en tres partes

Primera parte  
BURGUESES Y SOLDADOS

Segunda parte  
VOL. I - EL PUEBLO TRAICIONADO  
VOL. II - EL REGRESO DE LAS TROPAS DEL FRENTE

Tercera parte  
KARL Y ROSA

ALFRED DÖBLIN

Noviembre de 1918

BURGUESES  
Y SOLDADOS

Traducción de Carlos Fortea



Edhasa participa de la plataforma digital [zonaedhasa.com](http://zonaedhasa.com).  
Desde su página web ([www.zonaedhasa.com](http://www.zonaedhasa.com))  
podrá descargarse todas las obras de nuestro catálogo disponibles en este formato.  
En nuestra página web: [www.edhasa.es](http://www.edhasa.es) encontrará el catálogo completo  
de Edhasa comentado.

Título original: *November 1918 I. Bürger und soldaten*

Diseño de la sobrecubierta: Edhasa basada en un diseño de Pepe Far



La traducción de esta obra ha recibido la ayuda del Goethe-Institut  
fundado por el Ministerio Alemán de Asuntos Exteriores.



Esta obra ha sido publicada con una subvención de la Dirección General del Libro,  
Archivos y Bibliotecas del Ministerio de Cultura, para su préstamo público en Bibliotecas  
Públicas, de acuerdo con lo previsto en el artículo 37.2 de la Ley de Propiedad Intelectual

Primera edición impresa: febrero de 2011  
Primera edición en e-book: septiembre de 2016

Originally publishes as: "November 1918 - Eine deutsche Revolution - Bürger  
und Soldaten (vol. 1)". First published 1939 by Bermann - Fischer

Verlag. Stockholm/Querido - Verlag, Amsterdam  
© S. Fischer Verlag GmbH, Frankfurt am Main 2008

© De la traducción: Carlos Fortea, 2011

© de la presente edición: Edhasa, 2011

Avda. Diagonal, 519-521  
08029 Barcelona  
Tel. 93 494 97 20  
España  
E-mail: [info@edhasa.es](mailto:info@edhasa.es)

Avda. Córdoba 744, 2º, unidad C  
C1054AAT Capital Federal, Buenos Aires  
Tel. (11) 43 933 432  
Argentina  
E-mail: [info@edhasa.com.ar](mailto:info@edhasa.com.ar)

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares  
del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial  
o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos  
la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares  
de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org))  
si necesita descargarse o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.  
([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 1970 / 93 272 0447).

ISBN: 978-84-350-4621-3

Producido en España

# Primera parte

Domingo, 10 de noviembre de 1918

Volvió la vista hacia la habitación con un leve movimiento de cabeza. El hombre estaba sentado en su silla, junto a la mesa; las muletas junto a él, la gorrilla en el cráneo pelado, el periódico abierto ante sí. Se limpiaba las gafas de montura de acero y examinaba la gris luz matinal que entraba por la ventana del patio. Ella dijo:

—Puedes encenderte la luz.

Él contestó:

—Está bien así.

Luego, ella cerró la puerta a sus espaldas.

Ya no llovía, pero el patio estaba lleno de charcos. En el zaguán, junto a la pared, donde estaba oscuro como boca de lobo, ella se arremangó el vestido, tanteó con un pie y se puso los pesados zuecos de puntiaguda madera. Echó a andar con estrépito de carraca.

El hombre limpió su pequeña pipa de madera, olfateó una vieja lata de té y extendió unas briznas de tabaco sobre el periódico. Quebró pieza a pieza las toscas virutas, y fragmentó algunas hojas grandes. Luego lo comprimió todo en la cazoleta, echó los restos de tabaco del papel en la pipa y la encendió. Cuando hubo dado las primeras caladas, cogió la pipa con la mano izquierda y, como todas las mañanas, al oír los pasos de su mujer en la calle, dijo para sí mismo:

—Bueno, es 10 de noviembre —y siguió fumando tranquilamente.

El periódico era del día 8; hacía ya algunas semanas que el pastor evangélico que vivía enfrente se lo daba, aunque sólo de vez en cuando. Con los brazos abiertos, el hombre se puso a la tarea y estudió los anuncios domésticos, las ventas de mobiliario, los anuncios del mercado de frutas y verduras... Movía un poco los labios. A veces se interrumpía, leía otra vez, y, en voz alta, decía:

—Reinetas pequeñas, dos cincuenta... Oh, es mucho.

Dio un par de graves caladas y miró hacia la ventana; frunció el ceño: probablemente su mujer ya estaba en la plaza del depósito de agua, que sin duda sería una ciénaga; había que pavimentarla, pero quién tenía dinero para eso en medio de una guerra. Siguió leyendo la lista de precios de las distintas clases de manzanas.

Y era cierto: su mujer estaba atravesando justo en ese momento la plaza del depósito de agua. Llevaba el pardo paraguas de tamaño familiar sujeto bajo el brazo izquierdo, un brazo que apretaba al mismo tiempo contra el pecho los picos del gran pañuelo negro que se había puesto sobre la cabeza y los hombros. Tan sólo veía con un ojo por una rendija. Su brazo derecho sostenía un cubo de madera en el que había una ancha paleta también de madera. Se acercó al andamiaje que había a la salida de la plaza; hacía años que la obra estaba parada, los cuervos tenían su cuartel general en las vigas, y desde allí volaban hacia el bosque y las calles que llevaban a los cuarteles. Se apartó los flecos del pañuelo del rostro para ver si los cuervos seguían sobre el andamiaje. Y cuando los buscó y no encontró nada, se apresuró, pues ésa era la señal: iban de camino.

En el largo y bajo edificio de la escuela que había en el cruce de calles había reclutas. El gran portón del patio

estaba cerrado. Se oían gritos, fuertes voces de hombre. La mujer, que acababa de bajar de la acera delante del colegio, escuchó. Frunció el ceño con desaprobación, pero no se detuvo. Aunque a punto estuvo de hacerlo. Allí estaban ya los cuervos; cubrían toda la rambla que había delante de la escuela; picoteaban y graznaban, y entre ellos revoloteaban los grises gorriones, y todos se dedicaban a su botín, como si fuera un campo de centeno. Pero el preciado botín era el estiércol de caballo que ella necesitaba para su huertecillo. La mujer, todavía disgustada con los gritos de los jóvenes soldados, esos niños maleducados, ya había dejado que el paraguas se deslizara hasta su mano izquierda; un golpe de viento hinchó el pañuelo que la cubría, el nudo en el pecho se soltó, pero la anciana apenas le prestó atención. Golpeó con el paraguas a los cuervos, que alzaron el vuelo con furioso graznido: ya conocían a aquella anciana. Los gorriones se alzaron en una nube y se posaron, a regañadientes y expectantes, en la canalera del tejado de la escuela. Abajo, en la calzada, la anciana, a la que el viento desgrenaba las ropas, se anudó fuerte el pañuelo ante el pecho, apoyó el paraguas en el bordillo y dejó el cubo a su lado. Maldijo la bandada de cuervos, que esparcía el estiércol de caballo por la rambla; maldijo su insaciable apetito y empezó a llenar el cubo. Los cuervos se mantuvieron a respetuosa distancia. Cuando terminó de dar sus paletadas y se incorporó trabajosamente, los pequeños ladrones, los gorriones, ya volvían a estar junto a los gordos cuervos, picoteando y armando ruido. La anciana metió la paleta en el cubo y recogió el paraguas.

Se dirigió con el cubo lleno hacia la garita, junto a la ancha escalera del colegio, pero se detuvo asombrada. Buscó. Quería darle el cubo al joven centinela, como todas las mañanas, para que se lo guardase hasta el mediodía, cuando

regresara del trabajo. Sin embargo, el muchacho no estaba. Dentro seguían gritando sin cesar tras el portón cerrado, las voces eran ya bramidos. La anciana, con el cubo en la mano, estuvo a punto de llamar a la puerta y pedir silencio. Ya estaba allí con su expresión furiosa y el paraguas alzado, a punto de golpear la puerta, cuando nuevos y airados gritos la asustaron; se volvió y se fue indignada. Para dar rienda suelta a su ira, atravesó entre maldiciones la bandada de pájaros y enfiló hacia la larga y silenciosa calle de los cuarteles.

En una esquina de esa calle la esperaba todas las mañanas un capitán de artillería ciego, que se levantaba igual de temprano y daba un paseo prefijado en torno a varios bloques de casas. Conocía exactamente el número de pasos que iba de un cruce a otro, daba siete de una longitud exacta, con el fino bastón de paseo en la mano derecha tendido frente a él como una antena, le daba a la mujer la llave de su casa y entonces ella entraba y le hacía café, antes de dirigirse al hospital militar. La larga y recta calle estaba vacía; la anciana avanzó bajo su pañuelo contra la tempestad. De vez en cuando, apartaba los flecos para orientarse. La calzada estaba inundada de agua.

Allí estaba el capitán, alto y tieso como era, con un abrigo negro de invierno y el ala del negro sombrero flexible levantada sobre la frente, de modo que ofrecía a la luz su rostro estrecho y muy blanco, con su mandíbula erguida y las profundas arrugas del cuello. Mantenía la cabeza ligeramente inclinada hacia la derecha; sólo oía por la izquierda; el mismo cañonazo que había reventado demasiado pronto en el campo de tiro y le había costado los ojos le había destruido también el oído derecho. En la ciudad, contaban que los miembros de su batería odiaban al capitán, y que su gente había disparado demasiado pronto para perjudicarlo. Sus blancos globos ocu-

lares centelleaban inquietos. Oyó a la mujer con sus zuecos y, con su peculiar aire castrense, gritó:

—¡Señora Hegen!

Ella llegó hasta él con estrépito de carraca, le dio los buenos días e hizo el habitual movimiento hacia su mano izquierda, en la que sostenía la llave. Pero él la sujetó.

—¿Tiene tiempo esta tarde?

—¿Esta tarde? ¿Por qué?

—Tiene que decirme si tiene tiempo.

Siempre era testarudo, pero ella también.

—Parece que hoy no quiere tomar café. Deme su llave.

Él no se la dio.

—Si no tiene tiempo esta tarde, tendré que pensar en otra cosa.

La anciana le miró; hoy todos tenían tonterías en la cabeza, hacía ya once años que iba a casa del capitán.

—Tengo que hacer el equipaje —explicó el capitán al no oírle decir nada. Ella reflexionó.

—¿Cuándo quiere que vaya?

—A las dos.

—Bien.

Sólo entonces él le dio la llave, y se separaron como siempre sin una palabra, él en dirección al depósito de agua, ella a casa del capitán para hacer café.

Las puertas del patio de la escuela se abrieron, el griterío resonó en la calle y en la acera de enfrente se congregó una pequeña multitud; los jóvenes soldados formaron en el patio; algunos fumaban cigarrillos, ninguno de ellos llevaba armas. A la cabeza aparecieron varios con fusiles. Ruidosos y sin marcar el paso, remontaron la calle del colegio por entre los charcos hacia la pequeña ciudad, que aún dormía. Tras ellos, camiones y automóviles salieron del patio, llenos de

soldados que gritaban y cantaban, agitando gorras y brazaletes rojos; entre ellos había barbudos reservistas. Bajaron en la otra dirección la larga avenida hacia el aeródromo.

★ ★ ★

En el hospital militar, cerca del aeródromo, en una habitación individual de la zona reservada a cirugía, yacía un piloto. En la placa colgada a los pies de su cama ponía, en latín: «tiro en el vientre». Se despertó con los ojos muy abiertos. La alta enfermera vestida de blanco que empujaba el traqueteante carrito de los vendajes junto a su cama, al lado de la ventana, se inclinó sobre él:

—¿Se encuentra mejor hoy, mi teniente?

Él trató de sonreír, y ella se sobresaltó. Tenía profundas arrugas en torno a la boca, la nariz afilada, un hálito azulado sobre el rostro. Habló con lentitud, en tono desvaído:

—Gracias..., muy bien, enfermera.

Movía la cabeza de un lado a otro, sus dedos jugaban.

—¿Quiere beber, mi teniente? ¿Tiene sed? Le traeré algo.

Oh, Dios.

Fue a la sala principal, donde la enfermera jefe apuntaba la temperatura de los pacientes en las gráficas. Cuchichearon. La enfermera jefe dijo con frialdad:

—Sí, pues a ver de dónde sacas un doctor —se encogió de hombros y siguió escribiendo tranquilamente. Luego apoyó la mano que sostenía la pluma sobre la gráfica y miró a la más joven—: ¿Para qué quieres un médico para él? Sigue con tu carro. Esta noche ya ha ido a verle el cura.

La enfermera de vendajes abrió más los ojos. La mayor dijo:

—Por cierto, ¿dónde está el carrito?

—Sigue allí, en su cuarto.

—Pasaré enseguida, me quedan tres camas. Empezaremos por el empiemático; le hace mucha falta, sus vecinos se quejan, huele.

La enfermera se alejó con rapidez; la mayor volvió a estudiar un termómetro con el ceño fruncido:

—Sigue usted sin bajar, Kunz.

En la habitación individual era un día como cualquier otro. Por la mañana la habitación estaba gris y oscura, y luego más y más clara. La luz del sol entraba en torno a las once, cuando los árboles del otro lado del patio acortaban sus sombras. Luego el sol se iba desplazando, la claridad duraba otra hora, y mientras los hombres en la habitación respiraban y sufrían, oscurecía, llegaban las tinieblas, la noche estaba ahí de nuevo. Ahora había alguien en la cama, apagándose. El carrito de los vendajes estaba donde lo habían dejado cuando la enfermera volvió a entrar de puntillas. El carrito pegado a la ventana, junto a la cama, tenía un aspecto amable, pacífico y esperanzador, con sus bandejas de cristal cubiertas de blanco. En sus cuencos y boles había bisturíes, pinzas, tijeras, hemostáticos, material de sutura, todo ello reluciente y esterilizado. Los altos botes de cristal estaban repletos de gasas. Debajo había tijeras para escayola y vendas. Así esperaba el amable carrito de los vendajes junto a la ventana, con su metal centelleante. Había entrado sobre blancas patas, sobre ruedecitas de goma roja. La alta enfermera rubia se puso delante del carro, junto a la cama, para ocultarlo. La enfermera se veía obligada a quedarse allí; no huía, no podía huir: la muerte la llamaba.

A aquel muchacho no le había ocurrido gran cosa. Había salido en vuelo de exploración como observador, la ame-

tralladora de un soldado enemigo jugueteaba en las cercanías, y una de las balas, mientras volaban a más de cien kilómetros por hora, encontró el camino hacia su vientre. Un segundo antes, cuando aún no se había sentado en su posición de observador en el avión, habría encontrado el sitio vacío. El plomo redondo silbó a través del cinturón, la guerrera y los pantalones del joven sin encontrar resistencia alguna, y tampoco encontró resistencia alguna en la tierna piel que ninguna amante había tocado aún. Se hundió lisa y llanamente en ella, como si aquel fuera su lugar. Salió al mundo para entrar en ese cuerpo tierno como la raíz de una planta entra en la tierra fértil. Encontró en su camino el diafragma, liso como un espejo, e hizo una pequeña rasgadura en él. Los largos y finos intestinos se movían, no se contrajeron cuando llegó la bala, iba demasiado rápida, se abrió paso a través de ellos y probó al pasar el diluido quimo que allí se encontraba desde el desayuno: la bala no se llevó nada. Atravesó el intestino grueso. Allí palpitaba con fuerza un gran vaso, se metió en él y golpeó la sangre que venía del corazón, la bala dio un sorbito y se plantó en el hueso que había detrás, una vértebra, y en ella se quedó. Entretanto, con el hombre en el que se asentaba y con el avión, se había alejado muchos metros de la pequeña ametralladora desde la que fue disparada. Cuando llegaron a la base, soltaron al hombre de sus cinturones y le hicieron muchas cosas que no advirtió. Sacaron la bala de su escondite, pero no pudieron cerrar las rasgaduras. El pequeño cirujano, siempre inclinado a la broma, alzó la vista al hacer rodar la bala entre dos dedos de unas manos embutidas en guantes de goma marrón claro:

—¿A quién le toca hoy?

Dos enfermeras que le asistían gritaron una tras otra: «¡A mí!». El doctor, mientras seguía trabajando en las profundi-

dades del cuerpo –había dejado caer la bala en un cuenco con pus–, gruñó:

–Entonces la sortearemos.

Una de las enfermeras se quejó:

–Oh, yo pierdo siempre.

El cirujano hizo que le ajustaran el espejo de la frente y murmuró tras la mascarilla:

–No es usted la única que pierde.

La guerra perdida, nosotros perdidos, este hombre perdido, así que a lavar, a lavar el diafragma con una infusión salina, quizá salga de ésta.

La alta enfermera rubia de la habitación individual se apoyó en el carrito de las vendas, con las manos a la espalda. Ya había visto morir a muchos, en el éste, en Rumanía y en el oeste. Pero ahora que todo había acabado seguían muriendo. Se dominó, cogió una mano húmeda y temblorosa sobre la colcha y la sostuvo. A modo de protección, por si de pronto entraba alguien, apoyó un dedo en el pulso –pero apenas había pulso que tomar– y sostuvo con ambas manos la del herido, que miraba tenso, sin cesar, hacia la ventana. No sabía qué la impulsaba a coger tanto tiempo esa mano y a poner en las suyas un sentimiento impetuoso. Qué puedo hacer, pensaba, temía, quería darle parte de su aliento. La guerra ha terminado, todo ha terminado. Entonces él alzó la vista al techo. Ella soltó su mano, el sentimiento la abrumaba. No morirás, te retendré, no debes morir... ¿cómo te llamas?; leyó en el cuadro: «Richard»; ven, Richard, aguanta, apretó su mano, el enfermo se dio cuenta, su mirada voló hacia ella.

En ese momento, la puerta se abrió de golpe, un joven alto de rojas mejillas vestido con el pijama a rayas del hospital se precipitó a la habitación, con el hombro derecho acolchado bajo la chaqueta; enseguida tronó:

—¡Richard, lo último, están ahí los marineros! ¡Todo el que puede corre!

La enfermera miraba atónita el inesperado visitante; la mano del enfermo en la suya, como si le tomara el pulso. El joven estaba junto a la cama, se apoyó en ella y miró fijamente al enfermo, cuyos grandes ojos miraban invariables a la enfermera. Soltó el chasis de hierro, se llevó la mano a la boca, y dijo:

—Oh, oh...

La enfermera:

—Por favor, no sacuda la cama.

Él salió corriendo. También ella salió, de puntillas, empujando el carrito de las vendas.

El enfermo se fue apagando solo. Las finas plantitas que la bala de plomo había llevado a su cuerpo desde el aire y desde su guerrera proliferaban en su vientre. Recubrían los intestinos con un soplo turbio y cegaban su brillo. Grises y diminutos copos se hundían en los huecos entre los intestinos, que todavía se contraían, se elevaban y descendían. Los hongos habían recorrido las venas del hombre dejándose arrastrar alegremente por la cálida corriente de la sangre, se sentían dichosos en la dulce savia, eso era distinto de la vida en el frío aire y en la ropa. Como una orquesta que espera la señal de su director, se pusieron, susurrantes, en movimiento. Y ahora el humano se había convertido en una enorme bóveda hueca en la que su música resonaba. Yacía allí, flácido, sudoroso.

Por las paredes de la bóveda reptan plantas trepadoras, se cuelgan del espacio, es una selva virgen y éstos son los trópicos, y ahí trepan monos, monstruos de cuellos atrofiados salen del fango, los colibríes zumban con sus curvados picos, las flores les tienden sus chillonas corolas y les sacan estre-

chas lenguas rojas. Ahora toca un órgano, y desde los tubos descienden hombres serios con ropas tálares. Arrastran largas colas, predicán y exhortan, es una larga y negra canción.

La gris luz del día del exterior se aclara. Las horas avanzan. Un día se ha puesto en movimiento, el 10 de noviembre, domingo. Rayitos de sol se deslizan sobre la cama.

Las enfermeras vienen, sostienen la cabeza del piloto, ponen vino delante de su boca. Su rostro —pero ¿el rostro de quién?— se alarga cada vez más. Sus labios se abren. No abre la boca. Ellas llaman. Le llaman.

Pero la selva virgen lo ha engullido.

★ ★ ★

La habitación de al lado está ocupada por el primer teniente Becker y el joven teniente Maus, el de las mejillas coloradas que había irrumpido en el cuarto del piloto.

Maus abrió lentamente la puerta al regresar, y la cerró lentamente. Desde su tumbona, junto a la ventana, Becker miró hacia él. Esperó a que Maus se arrastrara hasta la mesita que había entre sus dos camas. Como seguía sin decir nada, Becker volvió la cabeza hacia la ventana con brusquedad y preguntó en tono formal:

—¿Qué hay de nuevo?

Maus, dirigiendo a la mesa la perturbada mirada, susurró:

—Richard está acabado.

Becker:

—¿Ah, sí? —y volvió a mirar las peladas ramas de fuera.

Luego le dijo a Maus—: Siéntate.

Éste se dejó caer automáticamente en la silla que había junto a la mesa.

—Te has sentado encima de los periódicos —comentó Becker.

Maus, cabizbajo, no respondió.

—Te has sentado encima de los periódicos, Maus —repetió Becker.

Sonidos de trompeta llegaron desde el jardín, profundos, lentos, alguien estaba probando su instrumento. Maus dijo en voz baja:

—Ahora también Richard está acabado.

—Ya te he oído, hijo mío —respondió fríamente Becker—, la guerra es un asunto peligroso.

Maus:

—Ayer a mediodía aún estábamos jugando a las cartas. Las compré en la ciudad para él.

—Así es —observó Becker.

Pero cuando Maus volvió a mirar por la ventana, los ojos de Becker le miraban furiosos. El rostro fino, blanco apergaminado, estrecho y descarnado de Becker se deformó, pero no habló.

Becker dijo, muy tranquilo:

—¿Has estado fuera y te has informado? ¿Qué pasa con esa revuelta?

—Voy a ponerme el abrigo. Iré a medicina interna.

—Hazlo.

Desde la puerta, Maus observó a su amigo tumbado, inmóvil, con el ceño fruncido. Se dio cuenta de que Becker llevaba mucho tiempo terriblemente enfermo, no debería haberle hablado de la muerte. A modo de disculpa, Maus se volvió hacia él y, con voz insegura, dijo:

—Volveré pronto. Tal vez encuentre al jefe.

★ ★ ★

En el jardín del hospital, una trompeta sonaba bajo los negros árboles. Inició una canción, luego le gustó un tono, se aferró a él, lo prolongó y sólo lo dejó libre al cabo de un rato, antes de pasar a una melodía. La trompeta se interrumpió. El hombre que practicaba, un joven alto y enjuto que no llevaba gorra, con un gris capote militar sobre el pijama del hospital, se quitó la trompeta de la boca y se agachó mirando al tronco del árbol, muy despacio. En la verja del jardín, que tenía huecos en la parte inferior, apareció algo pardo, un pequeño animal, se escurrió al jardín, un conejo silvestre que buscaba alimento entre los cubos de basura, junto al edificio principal. «De dónde saco una piedra, aquí hay ramas, quizá pueda hacer algo con una lo suficientemente grande.» Se agachó, tanteó en el suelo buscando un garrote.

En ese momento, hubo un repentino chapoteo y cayó una rociada de agua; en una ventana de la parte delantera se rieron; el conejo escapó por el orificio: habían regado; el trompetista se incorporó, se llevó la trompeta a la boca y volvió a tocar: *Conoces el país donde florecen los limoneros.*

El médico jefe salió a grandes zancadas por el portal principal, vestido de uniforme de campaña gris, con gorra y sin sable; era un caballero alto y agradable, enjuto. Cojeaba ligeramente; aquello podía tomarse por una herida de guerra, pero eran las botas pequeñas y los callos los que le amargaban la vida. Por lo demás, era un hipocondríaco, lo habían trasladado a retaguardia a causa de su corazón: arteriosclerosis. Había visto el conejo silvestre en el momento de desaparecer en el bosque. Ahora, lo que le ocupaba era por dónde y cómo había salido del hospital. Cuando recorría la reja buscando algún agujero en la pared, arriba las ventanas se cerraron con estrépito. Alzó la vista, distinguió al celador, le hizo una seña y el celador volvió a abrir la ventana.

—¿Por dónde ha salido, Kralik?

El celador:

—Más hacia allá, doctor. Siempre pasan por ahí.

Enorme agujero. El médico se quedó silencioso ante él; el aire le sentaba bien; todas las estancias tenían demasiada calefacción. Saludó y recorrió la verja con paso marcial de vuelta al edificio de administración.

Justo a la derecha de la escalera estaba su cuarto, con vistas a la carretera. Dejó la gorra y los guantes en el escritorio, se liberó trabajosamente de su abrigo y se secó la frente con un gemido. Pulsó el timbre. Casi al instante apareció Kralik, servicial, un campesino vestido de sanitario, rechoncho, con un bigote pardo e hirsuto. El viejo oficial de sanidad ya estaba sentado, tendiéndole las piernas. Sin decir una palabra, Kralik le subió las perneras, le quitó las botas y los calcetines, y le frotó los pies, uno tras otro, cuidadosamente apoyados en su rodilla, porque se había puesto en cuclillas.

—Ya están más blandos, doctor.

—¿Usted cree?

—Báñelos siempre con salvado.

—Son las botas, Kralik.

—Sí, las botas.

El celador sacó del archivador unas anchas botas militares amarillas y ayudó a su jefe a ponérselas.

—Puede creerme, Kralik, el zapatero que ha hecho estas cosas era un maestro. Un polaco, por cierto, del frente oriental.

Entonces se le ocurrió: «De dónde me habrá venido esto del corazón», y al mismo tiempo la tranquilizadora certeza: «Quizá no tenga nada en el corazón, uno se engaña».

—¿Todos trabajando, Kralik?

—La verdad es que sí, doctor —el hombre sonrió—, me- nos las dos enfermeras nuevas de la ciudad, se han quedado en casa, es donde se sienten más seguras.

Cuando el hombre salió, el médico jefe anotó en su taco de despacho la presión que marcaba el barómetro; leyó la temperatura de la estancia y la anotó también. Luego trazó un pequeño círculo y una flecha de dos puntas en la esquina izquierda de la hoja, donde venían la hora de salida y puesta del sol. Eso significaba bienestar general y, dos veces, punzadas en el corazón. No anotó lo de los pies. Como siempre, miró a la pared de la izquierda, donde había algunas notas sujetas con chinchetas. Eran llamamientos a comprar bonos de guerra, vigorosos refranes: «¡No te atormentes, no cuentes el número de tus enemigos, tan sólo haz con callada decisión lo que ahora toca! Suscríbalo el día 9». Al lado había otra hoja: «¡Por la libertad de Alemania! La envidia y el deseo de conquista unen a nuestros enemigos del este y el oeste en su ataque a la emergente Alemania. En el este hemos roto el cinturón de hierro, y en el oeste resistimos con éxito la marea enemiga. ¡Por muy ardiente que sea la lucha, la vengadora justicia nos dará la fuerza para quebrar también esa ola! Tierra alemana por sangre alemana».

El médico jefe las leía cada mañana palabra por palabra, y se fortalecía con ellas. Luego se acomodaba en su escritorio, antes de llamar a informe al sargento, y se entregaba a bené- ficas fantasías. En realidad lo he conseguido, estoy sano, a mi corazón no le pasa nada, la guerra ha terminado, en cualquier caso me darán mi pensión, ampliaré el huerto junto a nuestra casita, quizás adquiera una finca vecina. Cogió los catálogos de jardinería que escondía debajo de sus expedientes.

Entonces volvió a pasar un camión con soldados que alborotaban, camino del aeródromo.

¿Qué está pasando aquí? Deberían dejarlo a uno en paz y no hacer tonterías. Sólo faltaba eso. Abrió la ventana. Hay demasiada calefacción aquí.

Cuando llamaron a la puerta y él dijo ásperamente «adelante», fue el grueso médico del Estado Mayor de Offenbach, oftalmólogo, el que entró en su despacho. Inseguro y alterado, el jefe se removió en su silla:

—Siéntese, colega. Permítame que deje la ventana abierta.

El médico se sentó.

—Ah —murmuró el jefe—, he olvidado darle las gracias por el espléndido discurso que pronunció en el barracón. Felicidades. Se habrá dado cuenta de que a la gente le gustó. Hay que repartir tierras. Necesitamos suelo. Una buena idea. Sin duda sabe que ya los antiguos romanos daban tierra a los soldados.

El de Offenbach se inclinó, halagado. Sostenía una hoja en la mano:

—Estos son los temas que he anotado para los próximos cursos, conforme a las órdenes. Si no está usted ocupado...

—Enséñemelos.

—Es la planificación hasta el 12 de diciembre. No he apuntado los cursos del 12 de diciembre al 11 de enero de 1919 por los muchos permisos que hay en esa época: Navidad, Año Nuevo, ya sabe...

—Muy bien, muy bien, colega. Muy trabajador. El puesto le gusta, me di cuenta enseguida. ¿No le apetece instalarse aquí? Bien. Hay que animar a la gente —se rascó la cabeza y cuchicheó—: ¿Ha estado en la calle, querido colega? ¿Qué me dice al respecto?

El de Offenbach se inclinó en una alegre reverencia.

—Bien, ¿qué opina?

—Muy amable, doctor, me siento honrado.

El jefe:

—Bueno, ¿qué?

El de Offenbach se ruborizó, hizo pequeñas y confusas reverencias:

—Todavía no he pensado en ello.

—Puede hablar tranquilamente cuando le pregunto.

—Me siento halagado, señor.

Sonrió orgulloso, hasta radiante:

—Creo que... hacerse con el control será un juego de niños, a mediodía tendremos tropas de Estrasburgo aquí.

El jefe abrió mucho los ojos:

—¿De Estrasburgo? ¿Quién se lo ha contado?

—Creo que de Estrasburgo o del frente. De algún sitio vendrán.

El jefe miró con desaprobación al hombre:

—Estrasburgo. Allí las cosas no estarán mejor que aquí.

—Como usted diga.

—Y del frente. Ya puede esperar sentado. Tienen cosas mejores que hacer que domar reservistas y reclutas.

—Como usted diga.

El médico jefe sacó su pañuelo y se sonó prolijamente:

—¿Ha estado en el cuerpo de guardia? ¿Hay alguna novedad?

Su colega dijo:

—Diez nuevos casos de gripe. Dos muertes, un moribundo.

★ ★ ★

Cuando el jefe se quedó a solas, sus pensamientos vagaron hacia los catálogos de jardinería. Pero, mientras su mano izquierda los buscaba bajo los expedientes, su derecha echó mano al teléfono, descolgó:

—Mi casa, Albert... ¿Mujercita? Soy yo. ¿Qué has preparado para comer?

Al otro lado se oyeron los trinos de una mujer joven y guapa, robusta, vital:

—Precisamente iba a llamarte. Nuestra línea tiene una interferencia. Te llamo y te llamo y no logro entablar comunicación.

—Yo la he conseguido enseguida.

—Quizá sea la tormenta.

—Sí, es terrible. Yo lo haré por ti. ¿Problemas con el carnicero?

—En todas partes. No tengo nada. Tu asistente me toma los encargos, coge el dinero, de esto hace ya dos horas, y no viene. ¿Cuándo voy a empezar a cocinar? ¡Y hoy es tu día sin sal!

—Dios mío, qué hacemos.

—No te alteres, estará todo listo media hora después de que llegue tu asistente; la coliflor no necesita mucho.

—Enseguida envió un hombre. ¿Dices que el asistente se fue hace dos horas con el dinero? Esto es inaudito.

—En el cuartel no contestan. ¿Quieres que vaya?

—No, por favor. Quédate en casa. No dejes pasar a nadie.

—Pero ¿por qué te alteras de ese modo?

Anotó las verduras y las frutas que la mujer le dictaba, tocó el timbre para llamar a Kralik, que se marchó enseguida, y pidió que le pusieran con el cuartel de artillería. Respuesta:

—No contestan.

—Vuelva a llamar, dígales que estoy al aparato y que quiero hablar con el coronel Zinn.

Tras una pausa:

—El cuartel de artillería no contesta.

Colgó bruscamente el auricular.

Se levantó furioso, colgar a los alborotadores, a los cabecillas, comprarlos. Gritó al aparato:

—¡Que venga el sargento mayor!

Éste no fue saludado cuando entró. Ayudó al jefe a ponerse la bata blanca.

En la escalera había enfermeras corriendo delante de ellos, el jefe no las vio, se precipitó sin ver ni oír, sin prestar atención al médico de planta, por las primeras salas de enfermos de medicina interna. Por un corredor lateral cuyo suelo estaba cubierto a derecha e izquierda de casos leves de gripe, vagaba una figura con un hombro vendado. Las nubes que cubrían el rostro del jefe se despejaron:

—Teniente Maus, ¿usted en medicina interna?

—Disculpe, doctor.

—No hay motivo, iré pronto.

—Becker y yo sentíamos curiosidad por esta —hizo un movimiento con los dedos— historia en la ciudad.

—Vaya, ¿sabe usted algo?

—No, pensaba que usted...

—Nada. Sólo... —reflexionó— que el cuartel de artillería no responde.

—¿Al teléfono?

—Sí.

De pronto ya no eran médico jefe y paciente, sino dos oficiales. Cuando Maus calló, el jefe se despidió con rapidez.

Unos pasos después, se plantó delante de su sargento y le miró como si quisiera devorarlo:

—¿Hay desorden aquí? ¿Arde también todo?

El sargento miró a derecha e izquierda, la enfermera jefe se alejó rápidamente del campo de visión, el sargento susurró:

—La gente aquí en la planta aún no sabe nada, doctor, están demasiado enfermos. Pero abajo, en infecciosos y en los quirófanos...

El jefe se había quedado sin habla:

—¿Qué pasa en infecciosos? ¿Qué pasa con esos portadores de bacilos?

—Se van como si no pasara nada. Casi toda la planta se ha ido.

—¿Y me lo dice ahora?

—Con permiso del doctor, está en el informe, en la mesa del doctor, cuando estuve en su despacho pedí permiso para dar informe.

—¿Y bien?

—El doctor me ignoró y salió de la habitación.

El jefe le miró con los ojos muy abiertos, uno se juega la vida y se conjuran contra uno, bandidos, es mi día sin sal (pero no hay que excitarse, es malo para el corazón). El sanitario: si se desfoga conmigo, yo también gritaré.

La enfermera rubia y alta había terminado con el último vendaje en la sala central de cirugía, y quería volver a llevar el carrito al quirófano cuando se abrió una puerta ante ella. La madre Hegen trabajaba en el pasillo; tras ella, dos celadores sacaban la cama del piloto de la habitación individual.

La llevaron a la habitacioncita que había junto a la entrada, donde los cadáveres esperaban a ser recogidos.

En el quirófano, cuya puerta se cerró tras ella —la estancia estaba vacía—, Hilde se apoyó en la pared. Los azulejos blancos le refrescaron la espalda. Se apartó de la pared y se miró en el ancho espejo cuadrado sobre el gran lavabo de los médicos; llevaba una cofia blanca y plana, sus sencillos cabellos rubios colgaban por encima de ambas orejas, se los recogió.

Ni una mirada al rostro gris pálido, ahora flácido, a los

ojos vacíos. Cómo puede estar una de gastada a los veinticuatro años. La guerra. Sólo ahora, al final, caía sobre ella.

Lentamente, se arrastró del quirófano a la gran sala, donde los desgarrados restos de la guerra yacían en las camas y se retorcían. Se sentó a la recia mesa central, ante los historiales, los termómetros y los botes de pomada, y miró al vacío. Había sido un día tormentoso, pero soleado. Se escurrió a duras penas hacia la cocina, picó hielo para meter en bolsas y llenó dos. Las colgó del cordel de los dos pacientes con conmoción cerebral y puso los paños sobre las cabezas. Hoy no vendrían visitas.

★ ★ ★

La señora Hegen había terminado con el pasillo. Llamó, a la izquierda, a la primera habitación individual; los dos caballeros, Becker y Maus, interrumpieron su conversación y apartaron las piernas. Maus se sentó en la mesilla y le dijo que se diera prisa. Ella llamó al cuarto de al lado. Cuando nadie respondió, abrió. La habitación vacía, frascos de medicinas sobre la mesa, la curva de la temperatura, una baraja, vasos, un pañuelo arrugado, todo mezclado. La ventana muy abierta. Ninguna cama, ningún enfermo. Empezó a fregar. Luego, cogió agua limpia y se dirigió al depósito de cadáveres.

Había dos camas con sábanas blancas muy pegadas, los postes de los que normalmente colgaban el gráfico y la toalla se alzaban vacíos al aire como mástiles de banderas. Trabajó en las camas lo mejor que pudo. Su hijo había muerto hacía mucho, hacía veinte años, en Saarbrücken, un accidente en la mina. La gente joven de hoy muere en la guerra o en el hospital de campaña. Metió la escoba de cerdas debajo de las camas. Entabló conversación con los dos que yacieron en

ellas: «No os pongáis nerviosos, está bien así, a todos nos tiene que pasar, mi madre se fue hace ya mucho, y los abuelos». De pronto, estaba charlando con su hijo, que había ido a casa de visita: «¿Qué hacen en Saarbrücken? ¿Carnero? Vosotros y vuestro carnero, a tu padre también le gusta, tengo que cortarle la carne muy menuda, no le queda ni un diente. ¿Que qué más hace? No mucho. Se sienta en su cuarto y fuma. No fumes demasiado, hace daño a los dientes, pero a él ya no le quedan más que muñones por encías». Vio a Albert, un niño, abajo en el rincón, con una fusta en la manita, una peonza entre las piernecitas.

Frotaba y golpeaba los pies de las camas.

★ ★ ★

Cuando los jóvenes soldados con cintas rojas en el brazo izquierdo salieron del hospital, ella bajó las escaleras hacia el edificio de administración, pasando por delante del portero, que le hizo señas, excitado:

—Atención, madre Hegen, pase por aquí.

La anciana abrió la puerta tranquilamente, un golpe de viento la cerró tras ella, la gente tiraba de los timbres junto a ella. Un griterío, dos de los hombres llevaban fusiles a la espalda, con la culata arriba, la dejaron pasar; ella se anudó el pañuelo sobre el pecho y cruzó al otro lado de la calle con estrépito de carraca, empezó a subir el Chausseegraben. Tenía una trampa para conejos en el bosque.

★ ★ ★

Los jóvenes soldados se quedaron en las escaleras del edificio de administración y exigieron ver al médico jefe. Hubo que ir

a buscarlo a infecciosos. Recorrió las salas del hospital en compañía de dos de los hombres y de su sargento mayor. Los dos se presentaron como miembros del consejo de soldados de la guarnición. Durante toda la visita, el médico jefe no se atrevió a mirar al rostro ni de su sargento mayor ni de las enfermeras. No pensó ni en su corazón ni en sus botas. Estaba aturdido. No sentía su cuerpo. Enseñó a los soldados lo que quisieron en un tono automático y apático. Creyeron que se estaba haciendo el sordo, pero realmente no los oía. El cielo se desplomaba. A cada observación de los soldados, respondía:

—Cómo ustedes quieran.

Al entrar en cada sala del hospital (evitaron el cuerpo de guardia), el mayor de los dos consejeros exclamaba:

—Aquí está el consejo de soldados de la guarnición. ¿Alguien tiene algo que decir?

Sobrevenía un silencio de muerte, aquí y allá había sonrisas y risas, acompañadas de una mirada al médico jefe y al sargento. Los consejeros preguntaron a las enfermeras por la comida. Ellas se ruborizaron y miraron desvalidas al médico jefe.

En medicina interna había una puerta cerrada.

—¿Qué es esto?

El sargento mayor:

—El cuarto de aislamiento.

—Abra.

Era una amplia celda, con cama y silla, la ventana, alta, estaba enrejada.

—¡Esto es una celda para prisioneros! ¿Qué pasa con él?

El médico jefe, mientras el prisionero en un rincón de la celda les volvía la espalda:

—En observación. Un desertor. Está pendiente de proceso en Estrasburgo.

—Lámelo.

El sargento ordenó al preso que se volviera: un hombre robusto:

—¡Walter, visita!

El primer consejero:

—Somos el consejo de soldados de la guarnición. ¿Qué ocurre contigo?

El hombre tenía la frente y la mandíbula manchados de negro y enormes círculos en torno a los ojos, miraba sordamente al suelo.

—¿Es que no entiende?

El sargento se atrevió, mientras el jefe le lanzaba una furiosa mirada, a repetir la pregunta al preso. Entonces pareció entender. Un movimiento acudió a su rostro, un rasgo temeroso apareció en su frente. No logró hacer resonar su voz: llevaba semanas sin pronunciar palabra. El primer consejero se acercó a él, le dio una palmada en el hombro:

—Consejo de soldados de la guarnición. ¿Comprendes? ¿De dónde eres?

—De Kaiserslautern.

—Mira. Es la revolución. La guerra ha terminado.

El hombre manchado miró a unos y a otros. El sargento se animó y se puso junto al preso:

—Es cierto. La guerra ha terminado.

El prisionero arrugó la nariz. El sargento asintió con la cabeza. Entonces el hombre sucio acercó el rostro y gruñó:

—Eres un cerdo.

El sargento sonrió:

—Siempre me dice eso.

Los dos soldados cogieron al hombre por los brazos.

—Ven con nosotros, hombre, estate tranquilo.

Lo arrastraron hacia la puerta, se resistió, gritó:

—¡Socorro! ¡Asesinos!

—Cierra la puerta —gritó furioso el consejero. El médico jefe estaba indiferente ante la celda. El soldado le rugió—: Dígaselo.

—¿Qué? —resopló el médico jefe.

—Que la guerra ha terminado. No lo entiende.

El médico se plantó delante del prisionero:

—Puede dejar ya de hacer teatro. La guerra ha terminado.

El consejero de más edad gruñó:

—Tenemos una revolución.

El hombre, que apretaba la espalda contra la puerta de la celda como una fiera acosada, rugió:

—¡Sucios cerdos!

Su voz retumbó en las salas. En el pasillo, los enfermos se reunían.

—¿Qué quieres? —gritó el consejero de más edad.

—Bestia —respondió el prisionero, y trató de echarle las manos al cuello. El sargento lo agarró por detrás.

—Que vuelva a la celda —resopló el soldado agredido.

El médico jefe se alisó la bata blanca con aire satisfecho. Volvió lentamente en sí, se estiró en toda su altura. Por primera vez, hizo una seña a su sargento mayor, que se puso a su lado rápidamente con su bloc de notas.

★ ★ ★

A la misma hora —era ya pasado el mediodía, y el menú sin sal esperaba en vano, en su casa, al médico jefe—, a esa temprana hora de la tarde, cuando todos los días se nublaban y empezaba a caer una lluvia constante que inundaba las calles, en un chalet al otro lado de los campos que rodeaban el

hospital, en el pasillo de la planta baja, se abrazaban un hombre y una mujer.

Él llevaba uniforme de oficial; los galones habían sido arrancados del abrigo, la gorra que llevaba en la cabeza no tenía escarapela, vestía unas altas polainas de cuero amarillo.

—Entra, Hans, entra, te lo ruego; no, no hay nadie, tiembles, qué mal aspecto tienes.

—¿Tus padres no están, Hanna, de verdad que no? No me traicionarás.

—No te traicionaré, Dios mío, Hans, ¿cómo puedes pensar eso?

—Perdona. Llevo dando vueltas por un establo del cuartel desde esta mañana, ahora se han ido, yo me quedo aquí. ¿Puedes alojarme? No quiero ensuciar la habitación.

—Puedes, Hans. Dame tu gorra. Quítate el abrigo. Te lo exijo. Llevo todo el día esperándote.

—No me traiciones, Hanna.

Una estancia agradable y silenciosa, luz de gas, sobre la mesa redonda cubierta por un paño había un ramo de rosas en un largo jarrón de cristal; la habitación estaba caliente; un gran reloj de pie de color negro dejaba oír su tic-tac. Colgada de su cuello, ella lloró. Era esbelta, mayor que él, enteramente vestida de negro. Él susurró:

—Si me quieres hazme un favor, Hanna. Tu padre tiene polainas verdes. Necesito vestirme de civil.

—Te las daré.

—No puedo quedarme mucho tiempo, Hanna, he disparado sobre dos de ellos. Me buscan.

Ella no le soltó, sólo ahora veía su rostro sucio y sin afeitarse, le quitó una brizna de paja del pelo:

—Has disparado.

—Mataron al coronel a culatazos. Había abofeteado a su cabecilla cuando se insolentó con él.

—¿Y tú?

—Eran cinco, con el coronel. Cuando cayó, disparé. Alcancé a dos. Los otros huyeron. Salí por la ventana.

—¡Te quedarás aquí!

—¿Y tus padres?

—Te alojaré en el cuarto de la criada.

Caminaron por la alfombra del salón, la mujer delante, él se volvió:

—Mis cosas.

Luego caminaron por el pasillo, por la cocina, subieron por la escalera trasera, a la derecha estaba la puerta, con la llave puesta. Ella abrió, era una estrecha estancia con ventanas que daban a los campos, una cama, una silla, un suelo de tarima crujiente y pulida, una lámpara de petróleo verde sobre la mesa. Cerró tras de sí:

—Deja la llave puesta. Cierra los postigos, así no se verá la luz.

—¿Y la criada? Éste es su cuarto.

—No tenemos ninguna.

Ella abrió la ventana y cerró los postigos, y quedaron en medio de las tinieblas. Se abrazaron largamente. Él susurró:

—Perdóname, Hanna, te causo molestias.

Ella le sentía temblar, sabía que no pensaba en absoluto en ella.

—Ahora, siéntate en la cama. Luego te cambiarás. Te traeré cosas de mi padre. Primero tienes que comer algo.

Se fue. Cuando volvió con la bandeja, como no podía ver, él la llevó del brazo, le cogió la bandeja.

—¿Cuándo vienen tus padres?

—Quizá no lleguen hasta la noche. Están en la ciudad.

—Ah, los nativos, el comité para los franceses.

Ella encendió la vela que había traído. Él la ayudó a vaciar la bandeja.

—Gracias... Tú también eres una nativa. Te quedarás aquí.

—Yo soy tuya, Hans, y quiero seguir siéndolo.

—No voy a arrastrarte a nuestra desgracia. Alégrate de poder quedarte aquí. Nosotros vamos a tener un buen jaleo.

Se sentaron en la cama.

—Ahora come.

—¿Comerás conmigo?

—Sí.

Cuando terminaron y las copas estuvieron vacías, él se había saciado y ya no temblaba. Estaba sentado, con los hombros caídos:

—Me pondré en camino cuando oscurezca.

—Como quieras. Te quedarás toda la tarde.

Apagó la luz.

Su vestido negro cayó al suelo con un susurro. Ella lloró cuando se tendieron juntos:

—Me olvidarás.

—Tienes mi dirección en Berlín. Escíbeme a través de Suiza, o interceptarán las cartas. Tengo un amigo en Berna. Quizá ya esté en Berlín pasado mañana.

—Y luego.

—Vendré a buscarte.

—¿No puedo ir ya contigo?

—Me buscan, Hanna.

En la casa silenciosa, en la habitación, lágrimas, entrega, goce, desesperación. Hanna abrió los postigos: estaba oscuro, llovía a cántaros. La puerta de la casa se abrió. Ella pronto estuvo abajo. Los padres discutían a voces, venían del comi-

té de recepción para los franceses que se había formado en el Ayuntamiento. La hija bostezó junto a la mesa, la madre dijo que debía irse a dormir. Seguía lloviendo. Abrieron una ventana para oír si seguían disparando en la ciudad. Pero reinaba el silencio. Comieron y bebieron sin decir palabra. La hija contemplaba al padre, era más fuerte que Hans, pero la talla podía valer. Al cabo de media hora, se levantó.

Hacia las diez, hizo salir al oficial por la puerta trasera. Susurró:

—Hay una puertecita, sólo hay que empujarla.

Él se marchó corriendo bajo el paraguas abierto.

Entretanto, ella había ido a la ciudad a ver al mancebo de la farmacia, su antiguo prometido. Al principio, él se quedó en silencio frente a ella en la trastienda de la farmacia, con su negro mandil de cuero; había un olor agridulce en la estancia. La joven conocía bien aquella trastienda. Luego él le pidió que se sentara, y desde su taburete ella volvió a contar en voz baja lo que quería. Entonces él levantó la vista del hule de la mesa. Ella se quitó la capucha, bajó la cabeza y lloró. Se necesitaron minutos hasta que él se dominó y asintió. Que el oficial viniera, lo llevaría a Estrasburgo en el coche de la farmacia.

En la puerta, antes de volver a ponerse la capucha, ella sopló un beso en la mejilla del hombrecillo serio, que estaba como petrificado.

★ ★ ★

En el hospital, el sirviente de Kaiserslautern llevaba horas en la celda de aislamiento sin que nadie le llevase comida; empezó a aporrear la puerta. Los de la sala vecina le oyeron, pero le dejaron gritar y gritar. Les había echado a perder todo por

su comportamiento con el consejo de soldados. Por fin, pasado el mediodía, llamaron a un sanitario, que junto con otro abrió la puerta. El hombre sucio en el rincón de la celda había puesto de pie la cama y, en estado de extremo agotamiento, gritaba desde atrás, por encima de su montaña:

—¡Comida! ¡Comida!

Tenía un aspecto espantoso. El hedor que emanaba era terrible. Los dos sanitarios empezaron por abrir las ventanas del pasillo y ventilar la celda. Entretanto, el hombre bramaba detrás de su barricada. Luego, uno dijo pacíficamente:

—Ziweck, ¿por qué sigues haciendo teatro? Ya no te hace falta.

Él siguió gritando. Los sanitarios intercambiaron una sonrisa. Lo atraparon rodeando la cama por ambos lados, y lo arrastraron al pasillo con ayuda de dos enfermos: fue un furioso desfile; lo pusieron delante de la ventana abierta, que daba al patio y a los barracones. En la sección de cirugía y en la de infecciosos habían puesto banderas rojas, incluso en los quirófanos habían puesto dos infantiles banderitas. Se las enseñaron. Él mantuvo los ojos cerrados.

Entonces sintieron que ya no oponía resistencia. Podían soltarlo. Se quedó solo. Su rostro se volvió temeroso, miraba desconfiado de uno a otro. Un enfermo gritó:

—Dejadle un periódico.

Lo abrieron ante él. Le enseñaron con el dedo las noticias, las proclamaciones. Él leyó con ansia, ya se sostenía solo.

Cayó al suelo como herido por el rayo.

Tenía convulsiones, lanzaba espumarajos. Los sanitarios se inclinaron sobre él, lo rociaron con agua.

—Resulta que no está sano.

Vertieron un cubo entero de agua fría encima de él; el

pasillo se inundó; el hombre se incorporó temblando. Lo llevaron a una cama vacía y durmió hasta la noche. Luego, enfurruñado, jugó a las cartas con los demás y fumó.

★ ★ ★

En las tinieblas, la señora Hegen traqueteaba, empapada a pesar de su paraguas, a través de la plaza del depósito de agua; cruzó el patio y dejó sus zuecos en el zaguán. Se sorprendió al oír voces en su domicilio. La voz profunda del pastor. La mujer metió el cubo detrás de su caseta, bajo el alero de un cobertizo, y puso encima una gran y pesada tapa de madera. Cuando dejó el paraguas abierto en el zaguán y abrió, con su gran pañuelo debajo del brazo, la puerta de la casa, dentro reinaba el silencio.

La luz de gas del techo, dentro de su lechosa campana de cristal, arrojaba una débil luz rojiza. De la silla que había tras la mesa se levantó una figura masculina alta y fuerte, el rostro sano y relleno sonrió a la mujer con amable timidez; el caballero de gruesa chaqueta parda acolchada tendió a la mujer por encima de la mesa su poderosa mano y dijo en voz baja, con una voz digna y ensayada:

—Aquí me ve, mi buena señora Hegen, huésped en su casa. Estaba haciendo compañía a su marido.

La mujer se volvió buscando a su marido, estaba sentado en la oscuridad, al borde de la cama, levantó una muleta:

—Te estábamos esperando mujer, a ver qué novedades traes.

Ella le dijo al pastor:

—Tengo las manos mojadas.

—Sí, el mal tiempo —dijo él, y volvió a sentarse.

El marido:

—El señor pastor dice que este clima es propicio para los disturbios. La gente se queda en casa.

—¿Qué disturbios? —preguntó la mujer, mientras colgaba el pañuelo húmedo sobre una silla junto a la estufa de hierro.

El marido, detrás:

—El señor pastor querría saber qué está pasando en la ciudad.

—Mi buena señora Hegen, estábamos preocupados por usted, por lo que tardaba. ¿Sin duda no podía pasar? ¿Sigue la gente ocupando la carretera?

La mujer murmuró, mientras se secaba las manos:

—Lo que ha pasado, ha pasado.

—Bueno, cuéntalo, mujer.

Están todos locos; por la mañana los reclutas no hacen guardia delante de la escuela, por la tarde el pastor viene a sentarse aquí. No, la carretera estaba como siempre, simplemente he tenido que ayudar al capitán ciego a hacer el equipaje.

—Ajá —dijo el pastor, y asintió mirando al marido. Una larga pausa—: Bueno, entonces no les molesto más.

La anciana le abrió la puerta.

El hombre se levantó enseguida de su silla, apoyándose en las muletas:

—Lleva toda la tarde aquí, tiene miedo de que vayan a por él.

Ella:

—No empieces tú también con eso.

Rebuscó en su falda, tres marcos y cinco céntimos.

★ ★ ★

Al cruzar el patio, el pastor echó al tonel para el agua de lluvia dos trozos de papel que encontró casualmente en el bol-

sillo de su chaqueta: un viejo sobre y un papel de seda arrugado, de un pastel. Estuvieron cuatro días en el tonel con otras porquerías, hasta que la mujer lo vació en el montón de basura que había detrás de la casa. El viejo sobre con la letra de un hijo del pastor —que anunciaba un próximo permiso desde Polonia— y el papel de seda se mezclaron con la escoria de carbón, restos de ceniza y chapa doblada. Se iba formando un montoncito que crecía lentamente. El papel del pastel se descompuso con la humedad, y sus restos se filtraron en el suelo con las gotas de agua. La letra del hijo del pastor pronto quedó borrada, el sobre siguió meses en la basura, cuando el pastor ya estaba desde hacía mucho en Hesse, en su pueblo natal, esperando un nuevo destino. Por aquel entonces también sus muebles estaban en la casa de delante, en el mismo lugar, y él entablaba un proceso reclamando su entrega una vez más. En julio, una familia de ratas errantes salió del bosque y pasó por delante de la casa; había muchas peladuras de fruta y de patata por ahí, mordisquearon también trozos de cuero —porque en verano el hombre lisiado se sentía más fuerte y hacía trabajos de remendón—, y en esa ocasión las jóvenes ratas mordisquearon también el sobre del pastor de Grodno.